



1. RESEÑAS DE LIBROS

Book Reviews

TÍTULO

Agonística. Pensar el mundo políticamente. Chantal Mouffe.

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2014.

(1ª edición, 146 páginas, ISBN: 978-987-719-022-9). Traducción de Soledad Laclau.

Chantal Mouffe, *Agonistics. Thinking the World Politically.*

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2014, 146 pages.

Por Tomás Wiczorek*

Fecha de Recepción: 01 de febrero de 2015.

Fecha de Aceptación: 20 de marzo de 2015.

Palabras clave: *Agonismo, Relaciones internacionales, Arte.*

Keywords: *Agonism, International Relations, Art.*

* Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Maestrando en Ciencia Política del Instituto de Altos Estudios Sociales-Universidad Nacional de San Martín. Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Becario IIGG-UBA/CONICET. Docente de la UBA. Correo electrónico: tomaswicz@hotmail.com

Agonística, el último libro de Chantal Mouffe, se inscribe con naturalidad en la serie de trabajos con que, desde *Hegemonía y estrategia socialista*, la politóloga belga viene trazando una original articulación en clave posestructuralista de elementos gramscianos, schmittianos y psicoanalíticos en favor de una política de izquierda radical. A la vez que una elegante reposición de la trayectoria teórica previa de Mouffe, esta obra no se limita a una reflexión en torno a lo político en tanto tal sino que presenta algunos argumentos en favor de la incidencia de su perspectiva en nuevos y heterogéneos ámbitos, tales como las relaciones internacionales y las prácticas artísticas.

Así, el libro comienza restituyendo los principios rectores de una ontología de la negatividad radical, de acuerdo con la cual toda identidad no es manifestación de principios, esencias o sustancias inmanentes, sino efecto de la partición polémica del campo de significación social. Y si esta perspectiva presenta implicancias fundamentales para la determinación de lo objetivo en cuanto tal (todo “objeto” lo es significativamente, y toda significación compartiría este carácter), lo cierto es que su postulación adquiere una especial productividad en la captación de los fenómenos políticos. Sobre estos supuestos, no existe posibilidad ni de síntesis o reconducción dialéctica ni de consenso racional-dialógico sin exclusión en torno a los elementos que componen un determinado orden político. Por el contrario, todo orden político es más bien un *ordenamiento*, una composición de prácticas heterogéneas articuladas hegemonícamente o, según la metáfora telúrica de Mouffe, una articulación sedimentada. En este punto, la perspectiva de la autora se distingue de otras ontologías políticas-polémicas por el rol asignado a la decisión y a las pasiones y afectos en las prácticas articularias: si no hay necesidad o fatalismo estructural en la composición de un orden, ni existe posibilidad de un consenso pleno o agregación racional absoluta, es necesario que tenga lugar una instancia de decisión, y de responsabi-

lidad política, que no puede conducirse por un racionalismo pleno. Particularmente eminente al momento de determinar los límites de la comunidad política, la instancia contingente de la decisión sobre lo indecible *a priori* no puede pretender tampoco -y aquí en Mouffe resuenan ecos weberianos-, el asiento absoluto e incondicionado de una ética universalista.

Sobre esta base, la politóloga belga apunta la una captación específica del proyecto de izquierda, entendido como la realización secular de los principios de libertad e igualdad propios de la revolución democrática, en torno a dos objetivos: uno general, agonístico, consistente en la limitación del antagonismo al interior de la unidad política; otro específicamente emancipatorio, tendiente a la actualización de la igualdad. El primero, por su parte, remite a la construcción y defensa hegemónica de un “nosotros” en cuyo seno se acepten y sostengan los mecanismos institucionales que regulan el conflicto pacífico en torno a la interpretación y modo de realización de aquellos principios -y por lo tanto, sobre el dominio de los medios específicos del poder político-. El agonismo de Mouffe consiste, entonces, en un “consenso conflictual” que aspira a la sublimación de la relación de enemistad en adversariedad -un “nosotros/ellos” que no alcance la intensidad del “amigo/enemigo”- al interior de la comunidad política, sobre la base de la comunión de principios ético-políticos en torno a cuya interpretación se da la lucha política. En virtud de sus supuestos ontológicos, ello supone a su vez el trazado decisivo de una frontera que, mediante la definición de un exterior, dé cierre (siempre precario) a la unidad política; anticipemos ya que la cuestión de las relaciones internacionales constituye entonces un desafío capital que la autora aborda en esta obra con dispar éxito. El segundo objetivo, específico al proyecto de izquierda, aspira a la interpretación y realización institucional de los principios de la revolución democrática en favor de un modo más igualitario. La propuesta de Mouffe en *Agonística*, entonces, articula una

polémica a dos frentes que considera “impolíticos”: contra la teoría liberal democrática por un lado, y contra las estrategias de la izquierda immanentista contemporánea por otro.

Mouffe discute la forma y contenido que cierta herencia ilustrada subtiende a la teoría política liberal democrática, tanto bajo las formas del racionalismo comunicativo como del agregacionismo asociativo, para afirmar la imposibilidad de un consenso pleno o agregación perfecta de la inconmensurable e inerradicable multiplicidad de las perspectivas y valoraciones que atraviesan lo social. Lo que asiste a su propuesta es a la vez una crítica del racionalismo y el universalismo en que se apoyan estas teorías, así como un destaque en clave freudiana del rol desempeñado por las pasiones y los afectos en la constitución de identidades colectivas. Por otra parte, y en clave schmittiana, nos invita a un reconocimiento del carácter contingente del nexo hegemónico que ha engarzado liberalismo y democracia, y por medio de la apertura de este vínculo conceptual nos convoca a una defensa (verdaderamente) política y progresista del pluralismo. Como ya indicamos, Mouffe polemiza también al interior del campo democrático radical con aquellas posiciones posoperaístas que consideran a la heterogeneidad de la multitud, derivada de la transición del fordismo al posfordismo, como principio político suficiente para la emancipación. Opone a este immanentismo abstracto, que considera tan afín al liberalismo, su ontología quasi-trascendental de lo político, y afirma en consecuencia que el carácter de la transformación del modo de producción capitalista no es sino de carácter hegemónico. En consecuencia, se opone a las estrategias de “deserción” o “éxodo” de las instituciones, para defender en cambio una estrategia de izquierda consciente de que la lucha hegemónica requiere de un “involucramiento crítico con las instituciones”. Siempre consciente de la imposibilidad ontológica de alcanzar cualquier ideal de sociedad unitaria, transparente y plenamente reconciliada -bajo las nominaciones diversas de comunismo, democracia absoluta, o ciudadanía universal- Mouffe

sostiene que la tarea democrática radical consiste en realizar una crítica involucrada de las articulaciones dominantes a fin de dar lugar a nuevas prácticas e instituciones de signo progresista.

En cambio, Mouffe comparte con el posoperaísmo su diagnóstico sobre la centralidad del trabajo inmaterial en el marco del capitalismo posfordista contemporáneo, y es precisamente este rol el que la invita a reflexionar sobre el papel contemporáneo de las prácticas artísticas. La autora afirma aquí que el papel que elementos centrales de las prácticas contraculturales de los años sesenta (autogestión, autonomía, búsqueda de autenticidad, etc.) desempeñan en la dinámica capitalista actual, así como la rápida reapropiación que el capitalismo corporativo realiza de todo gesto crítico, es precisamente producto de una articulación hegemónica de conjunto, y no signo de la incapacidad emancipatoria de la crítica artística. De este modo, y a condición de “concebir las formas de resistencia artística como intervenciones agonistas dentro del contexto general de las luchas contrahegemónicas”, Mouffe indica que éstas “pueden ofrecer espacios de resistencia que socaven el imaginario social necesario para la reproducción capitalista” (p. 95). Aunque el activismo artístico sea incapaz por sí sólo de acabar con la hegemonía neoliberal, puede cumplir según Mouffe una función fundamental en la puesta en cuestión de la “naturalidad” del orden neoliberal, a la vez que asistirá a la emergencia de nuevas formas de identificación individual y pública por fuera de la lógica del consumo.

Esta dimensión cultural de la invitación a “pensar el mundo políticamente” contenida en el título -o, más ajustado al original en inglés, “pensando el mundo...”- se ve complementada y enriquecida por la incorporación al análisis de la conciencia espacial que distingue a las relaciones internacionales. Si en gran medida el pluralismo agonista de Mouffe consistía hasta ahora en un esfuerzo por introducir y sublimar el criterio político-polémico de inspiración schmittiana al interior de la unidad política a partir de la comunión de principios ético-políticos -recorde-

mos que, para Schmitt, el criterio de enemistad es público en sentido eminente, tiene lugar en la relación existencial entre pueblos, y su internalización es ya un signo de la desintegración de dicha unidad-, este giro del análisis hacia las relaciones internacionales supone una diferencia cualitativa. En efecto, Mouffe reconoce aquí la imposibilidad de transpolar a este nivel su propuesta agonista sin más, ya que la articulación de un “consenso conflictual” mundial requeriría de un imposible conjunto de principios ético-políticos universalmente compartidos. Inserta en la larga tradición realista que reconoce al estado de naturaleza como escenario propio de las relaciones internacionales, Mouffe despacha en *Agonística* al “institucionalismo pacifista” de Bobbio y a las diversas vertientes del cosmopolitismo por considerarlas incapaces de comprender la dimensión antagonica de lo político. Mouffe recupera en este punto la célebre tesis schmittiana de acuerdo a la cual, considerado políticamente, el mundo no debe ser entendido como un “universo”, sino más bien como un “pluriverso”. Frente a un mundo unipolar dominado por la hegemonía de un superpoder, la autora afirma su preferencia en favor de un orden pluralista de grandes espacios, al que considera más capaz de minimizar la posibilidad de que los conflictos internacionales adquieran la intensidad del antagonismo. Por medio de la incorporación de algunos desarrollos de la perspectiva poscolonial, Mouffe distingue al ideal democrático en cuanto tal de la forma democrática liberal occidental, a la que considera producto de la pretensión hegemónica de una idea unívoca de modernidad derivada del modelo ilustrado individualista y secularizado. En un mundo multipolar así entendido, los modos de inscripción del ideal democrático en cada contexto pueden dar lugar a diversas formas de democracia, y pretender la universalidad de la forma occidental es para Mouffe un grave error teórico y político. Su propuesta invita entonces a abrir el juego hermenéutico a una pluralidad de interpretaciones siempre situadas del ideal democrático. Es precisamente en este punto que

la cuestión de la disputa interpretativa acerca de la realización de los principios de la revolución democrática se vuelve más escurridiza. En cierta medida, Mouffe pareciera insinuar en *Agonística* que los valores “libertad” e “igualdad” -por necesidad, siempre llamados a ser cargados de un contenido específico en su realización- deben ser relativamente desvalorizados frente al valor absoluto “pluralismo”. Ello la pone frente a ciertos escollos al momento de abordar, entre otras, la cuestión -tan cara al drama argentino- de los derechos humanos, cuya condición de posibilidad ha sido identificada largamente con la vigencia de un régimen democrático liberal. Mouffe opta por señalar que “una vez que aceptamos que es la dignidad de la persona lo que está en juego en los derechos humanos, la posibilidad de que existan diferentes maneras de concebir esta cuestión se vuelve evidente, así como las diferentes maneras en que puede ser respondida.” (p. 47). Este rodeo, sin embargo, no conduce sino a la pregunta por el contenido concreto del enunciado “dignidad humana”, y nos posiciona nuevamente de cara a un problema de idéntico estatuto en un horizonte sin referentes institucionales. Por otra parte, y fiel a su propuesta, es dable señalar que Mouffe dedica un capítulo entero a considerar las posibilidades del futuro de la Unión Europea, así como la estrategia a seguir por la izquierda radical en ese contexto, a la vez que su prudencia intelectual la conduce a abstenerse explícitamente incluso de sugerir caminos a seguir en otras partes del mundo.

Sin dudas, esta sugestiva obra invita al lector a un conjunto de reflexiones capitales sobre la base de su configuración teórica. En efecto, ¿cuál es el contenido específico de las polémicas *nuestras*? En otras palabras, y desde una posición latinoamericana y argentina, ¿cuáles serán los límites decisivos del doble nosotros que se configura a la vez desde el punto de vista general de los grandes espacios y del conflicto societal específico al interior de nuestra unidad política? Por último, y acaso especialmente, ¿cuáles y cómo debieran ser las instituciones agonistas a las que aspirar?